

DEL MOMENTO

En el centenario de Byron

EL centenario de Missolonghi, el centenario de la muerte de Byron, coincide con la proclamación de la República griega. Pero lo interesante es determinar la profunda significación de esa fecha, comparándola con lo que llamaríamos el «valor épico» de la política actual.

La gesta de Byron en Grecia es el momento capital de la fusión entre dos tendencias aparentemente adversas: romanticismo y helenismo. Es una cruzada de la belleza. Así como las Cruzadas impensadamente produjeron un contagio de orientalismo en Occidente (y la cristiandad misma había sido una irrupción oriental en Europa), también la lucha emancipadora de Grecia produjo una corriente de orientalismo, cuya más típica manifestación se encuentra en las *Orientales* de Víctor Hugo. Pero lo que me interesa ahora no es hablar de las influencias literarias de aquella guerra, sino de su idealización, que había provocado el gesto heroico de Byron. Y prescindiendo, naturalmente, de la desilusión quijoteca que producía a sus visitantes la verdadera Grecia de entonces, tan diversa de la de Pericles. Ya Edmundo About pintó graciosamente ese contraste engañoso.

El romanticismo se presentaba como una vindicación estética, como un rescate de belleza. Y Grecia se ofrecía como patria eterna de la belleza. De aquí una identificación singularísima entre los románticos y el ideal helénico. Otras veces me he referido a ella, examinando sus manifestaciones más características. El romanticismo, grito de guerra contra el arte neoclásico, quiso ser una apelación al clasicismo contra sus desvirtuaciones; algo semejante al fervor religioso con que las herejías se presentan como vindicaciones de la doctrina original y pura, contra la interpretación tendenciosa de las ortodoxias.

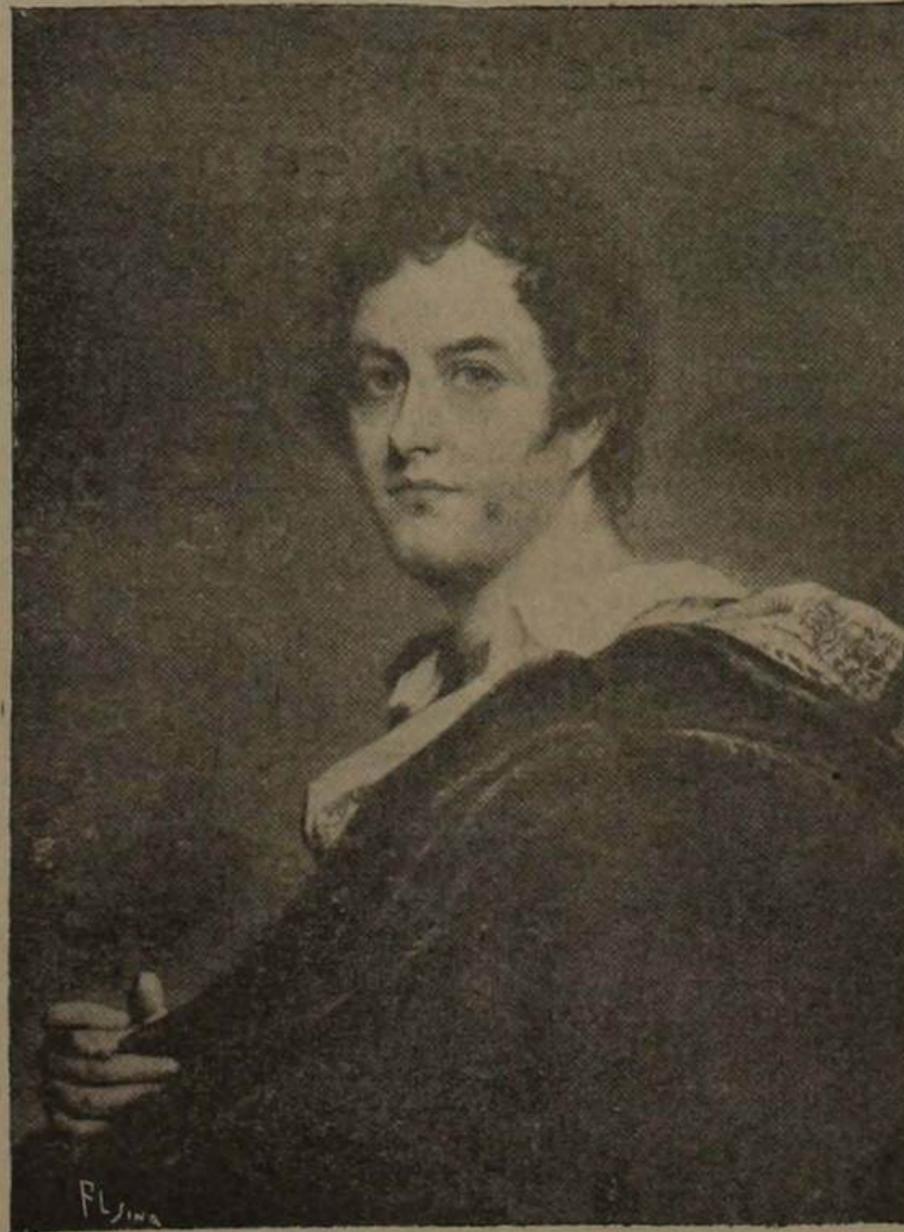
En otro aspecto, también la Revolución francesa (forma política de romanticismo) había sido una apelación al concepto clásico de

la soberanía, según la visión transfigurada que entonces se tenía de él. Atenas y Roma, como solares de libertad, tienen su leyenda; pero esa leyenda es la que vale como impulso actuante sobre la Historia.

Grecia, en su lucha emancipadora del yugo musulmán, o sea en su Reconquista, tuvo, pues, dos fuerzas ideales en su ayuda: el impulso político, que procedía de la Revolución y el estético, que procedía del Arte. Fue defendida como hogar nativo de libertad y de belleza. Sin duda, Víctor Hugo pudo sentir esa Grecia en su doble personalidad ideal; pero lord Byron, al acudir a ella, fué un campeón puramente poético, un nuevo Perseo cabalgando en su Pegaso para libertad a la cautiva Andrómeda. Hay un sabor dulcemente ambiguo en esa

empresa de libro de caballerías, que transfigura a Byron como uno de aquellos antiguos campeones del ciclo greco-oriental, curiosa reencarnación bárbara de los héroes clásicos. La libertad de Grecia podía ser un tópico fácilmente asequible al sentimiento democrático. Pero en el corazón turbulento de lord Byron la aventura nació de gérmenes muy diversos de aquéllos. La nativa aristocracia del poeta le impulsaba a la más fiera libertad personal; pero le mantenía ajeno a toda idea de plebeya dignificación o generoso redentorismo. Tal vez acarició la esperanza de hallar un trono para él en aquella tierra irredenta, como lo imaginó después Villiers de l'Isle Adam en una futura emancipación de Malta. Lo que no puede negarse es la suprema belleza del gesto de Byron; lo que importa es consignar la intensidad idealista con que entonces podían unirse todavía, en el pensamiento y el acto de un hombre superior, la política y el arte, los impulsos históricos de la libertad y las eternas normas de la belleza.

¿Contraste con los episodios actuales de la política europea? No intento abandonarme a triviales disquisiciones para indagar, en parangón, el progreso o la decadencia de nuestro tiempo. No me sería muy fácil apreciar el verdadero valor de la Grecia actual, comparándola con la de sus libertadores. Sin duda, la nueva República griega nos acerca al tipo ático de la Grecia ideal que todos llevamos en la mente como faro interior. En esa Grecia subjetiva y deparadora que imaginamos, el republicanismo ateniense ha triunfado sobre el caudillismo militar espartano, como invirtiendo los términos históricos de la guerra del Peloponeso. Pero las causas políticas que han hecho posible ese triunfo republicano, nuevo síntoma en la suprema crisis actual de las Monarquías, descubren una persistencia del antiguo militarismo lacedemonio... Esperemos



LORD BYRON

Por G. C. THURNER.

(Según el retrato que pintó W. E. West en Pisa, en 1822).

El 19 del pasado mes de abril recordó el mundo el primer centenario de la muerte de este gran poeta.